

ENCARNAR LA CRISIS: CUERPOS, CORPUS Y LITERATURA COMPARADA\*  
EMBODYING THE CRISIS: BODIES, CORPUS, AND COMPARATIVE LITERATURE

**Meri TORRAS FRANCÈS**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA | Barcelona, España

Contacto: [Meri.Torras@uab.cat](mailto:Meri.Torras@uab.cat)

ORCIDiD: 0000-0002-0935-3860

**Resumen**

Este texto traza una genealogía posible en la trayectoria de la literatura comparada, y se detiene en describir y analizar aquellas inflexiones que ponen de manifiesto que la disciplina ha estado siempre en crisis. Esta existencia crítica no se interpreta como un elemento negativo sino justamente aquello que hace posible que en la arena de la Literatura Comparada emerjan debates necesarios y decisivos. De entre ellos, el texto se encauza especialmente en la emergencia del cuerpo en el pensamiento literario-cultural, un cuerpo hecho *corpus*, esto es que se encarna discursivamente a la par que desafía los discursos, un cuerpo textualizado en la arena del combate pluri y transmedial de estos mismos discursos, que recogen los códigos y los lenguajes constitutivos de la literatura en diálogo. Así, el artículo se divide en dos partes: en la primera, se esboza esta genealogía de la disciplina en crisis permanente, haciendo hincapié en las transformaciones que sostienen la entrada en escena del cuerpo; mientras que la segunda se centra en la cuestión de esa *crisis encarnada*.

**Palabras clave:** *Literatura Comparada* ||  
*Crisis* || *Genealogía* || *Otredad* ||  
*Cuerpo humano en la literatura*

**Abstract**

This text traces a possible genealogy in the trajectory of comparative literature and is concerned with describing and analyzing those inflections that show that the discipline has always been in crisis. This critical existence is not interpreted as a negative element but precisely as what makes it possible for necessary and decisive debates to emerge in the arena of Comparative Literature. Among them, the text focuses especially on the emergence of the body in literary-cultural thought, a body made *corpus*, that is, it is embodied discursively while challenging discourses, a body textualized in the arena of the pluri and transmedial combat of these same discourses, which collect the codes and languages that constitute literature in dialogue. Thus, the article is divided into two parts: in the first part, this genealogy of the discipline in permanent crisis is outlined, emphasizing the transformations that sustain the body's entry onto the scene, while the second part focuses on the question of that *embodied crisis*.

**Keywords:** *Comparative Literature* ||  
*Crisis* || *Genealogy* || *Otherness* ||  
*Body in literature*

\* El Comité editorial le solicitó este artículo a la autora, en agosto de 2022, y fue sometido a las revisiones internas correspondientes.

La literatura comparada nos invita necesariamente a mirar, reflexionar y hacer de *otra* manera —o, si se prefiere, *otramente*, de una manera *alterada* por la otredad—, focalizando sobre lo invisibilizado, lo suplementario, y poniendo de manifiesto, así, la responsabilidad que acompaña al hecho de teorizar, puesto que el pensamiento es, debe ser, también acción. Además, tal como invita la propia etiqueta de *literatura comparada*, esto implica planteamientos que son especialmente mestizos por su condición de interdisciplinarios; no sólo se muestran hábiles y capaces para el intercambio crítico con otras aproximaciones más canónicas, sino que, además, entre estos mismos planteamientos más fronterizos pueden establecerse puntos de conexión que a su vez alimenten una revisión mutua y radical, en un sentido etimológico del término, es decir: de raíz. Estas crisis son necesarias y productivas puesto que los diálogos interdisciplinarios —especialmente en literatura comparada— resultan autocríticos y transfiguradores, y, sobre todo, llevan aparejados el motor del debate. Y el debate es imprescindible para que exista el cambio. Únicamente así, en este ámbito llamado de las humanidades, pensamiento y acción pueden darse las manos; y tan sólo así podemos articular teorías que no discurren en pura desconexión de la sociedad y del mundo, propuestas ensimismadas en su misma mismidad.

A lo largo de este artículo busco iluminar y analizar, aunque sea sucintamente, aquellas inflexiones acontecidas a lo largo de la genealogía de la literatura comparada, que han desembocado en una emergencia del cuerpo en el pensamiento literario-cultural, un cuerpo que se encarna discursivamente a la par que desafía los discursos, un cuerpo hecho *corpus*, textualizado en la arena del combate pluri y transmedial de estos discursos, los códigos y los lenguajes de la literatura en diálogo. Primero, trazaré la genealogía de la disciplina en crisis permanente, haciendo hincapié en las transformaciones que sostienen la entrada en escena del cuerpo y, en la segunda parte, me centraré en la cuestión de esa *crisis encarnada*.

### **De entre las muertes: La existencia zombi de la literatura comparada**

La literatura comparada es una disciplina cuya existencia parece estar en constante peligro. Aunque hay quien cíclicamente se empeña en pronosticarle una delicada salud y, por tanto, una existencia efímera, la literatura comparada muestra un terco

apego —antes de proferir el último suspiro— a tener algo pendiente que señalar a propósito de algo, una agenda que no se agota ni se satura y le hace aferrarse a la vida que, según algunos, nunca ha tenido o, peor, nunca ha merecido.

Frente a lo que sucedió con tantas otras disciplinas, la literatura comparada llegó al mundo académico entre algodones y gasas, en una incubadora y fruto de una fecundación *in vitro*. Fomentada y apoyada por la institución universitaria de las naciones más poderosas de la Europa decimonónica, gozó enseguida de cursos y materias, publicaciones periódicas que constituían plataformas de divulgación o, incluso, cátedras en las universidades europeas más prestigiosas. Se trata, en definitiva, de una suerte de disciplina probeta, cuya pertinencia ha sido atacada o aclamada desde sus orígenes. En su *Comparative Literature. An Introduction* de 1993, Susan Bassnett (la fundadora del Centre for Translation and Comparative Cultural Studies, de la University of Warwick), ya alude a la fecha temprana de 1903 cuando conviven, a un tiempo, visiones antagónicas sobre la disciplina como son la de Benedetto Croce (1998) y la de Charles Gayley (1998). El escritor y filósofo italiano, en un artículo titulado “La literatura comparada” (1903), acusa a los practicantes de esta nueva disciplina de ser unos diletantes y se esfuerza —irónico, implacable— en mostrar que se trata de una disciplina que no posee ningún rasgo distintivo propio o particular. Frente a él, ese mismo año de 1903, Charles Mills Gayley (1998) en “¿Qué es la literatura comparada?” la presenta como la disciplina que, en el futuro, bajo ésta u otra etiqueta, aglutinará los estudios literarios sin la necesidad de circunscribirse a la historia literaria sino desarrollando una línea más teórica que le haga dialogar con otras disciplinas además de la historia, como son por ejemplo la filosofía.

El asentamiento dominante de la Escuela Francesa —especialmente después de la regulación y eficaz sistematización que supone la aparición del manual de Paul Van Tieghem (1951) en 1931, *La Littérature Comparée*—, provoca que, desde la perspectiva histórico-genealógica actual, los presupuestos de Gayley nos parezcan una rareza, la excepción: tendremos que esperar a que cambie el paradigma de los estudios literarios, a partir de los años sesenta del siglo pasado, para dar con propuestas comparatistas similares. Sin embargo, el testimonio de Gayley (1998) muestra que en ese momento todavía inicial de la disciplina seguían conviviendo conceptualizaciones distintas, en el secular debate en torno a lo que es o no es la literatura comparada y, sobre todo, lo que puede ser. O, incluso, qué no puede ser o ya no puede ser más. En

efecto, la literatura comparada había construido su legitimidad en gran parte como superación de las barreras de las literaturas nacionales, en pos de una hermandad bajo la etiqueta de literatura universal. A menudo este planteamiento bienintencionado ponía de manifiesto, sin querer y paradójicamente, un lenguaje bélico, así como un eurocentrismo exacerbante e, incluso, dentro de Europa, una jerarquía innegable entre naciones, como se observa en esta cita del escritor y crítico decimonónico Philarète Chasles, dispuesto a glosar la práctica de la *littérature comparée* como sigue:

Calculemos la influencia del pensamiento sobre el pensamiento, la manera como la gente se cambia mutuamente, qué ha dado cada quien y que ha generado cada quien; calculemos también el efecto del intercambio perpetuo por encima de las unidades individuales: como, por ejemplo, el espíritu solitario del norte finalmente se deja penetrar por el espíritu del sur; qué atracción magnética fue Francia para Inglaterra e Inglaterra para Francia; como cada división de Europa dominó en algún momento las naciones hermanas y, en otro momento, fue dominada por ellas; cual ha sido la influencia de la teológica Alemania, la artística Italia, la energética Francia, la católica España, la protestante Inglaterra. (en Bassnett, 1993: 12-13; traducción propia)

La literatura comparada, que abogaba por la influencia mutua de las grandes naciones europeas, mientras ignoraba al resto de la humanidad pero hablaba de la suya como de literatura universal, se vio profundamente zarandeada no por una sino por dos guerras mundiales (europea la primera, un poco más mundial la segunda), que llevó a uno de los mayores artífices de la disciplina, René Wellek, a hablar de *crisis de la literatura comparada* en una conferencia de 1958, crisis que un siempre crítico René Étiemble (que se denominaba a sí mismo *enmerdeur*) certificara en 1963 con su *Comparaison n'est pas raison. La crise de la littérature comparée*. De hecho, a mi juicio, la literatura comparada nunca había dejado de estar en crisis dado que surge fruto de la misma crisis del modelo cultural imperial-colonial-europeo, y las dos voces de alerta arriba mencionadas, junto a tantas otras, son un síntoma de que el modelo que la literatura comparada sostiene (y la sostiene a ella) ha llegado al colapso a mediados del siglo pasado. No en vano las independencias de las excolonias decimonónicas van a tener lugar a lo largo de las décadas de los sesenta y los setenta.

Así, o la literatura comparada se transformaba radicalmente o su planteamiento hacía aguas. Además, una de esas grandes naciones, Alemania, promotora de un valioso modelo comparatista distinto del francés, que se ocupaba de aspectos absolutamente desatendidos por éste como, por ejemplo, el estudio de la cultura oral, había desembocado su fervor nacionalista en el nazismo y las prácticas eugenésicas que éste puso en funcionamiento desde que llegó democráticamente al poder en julio de 1933, *in crescendo*, hasta alcanzar la brutal inhumanidad de los pabellones médicos de los campos de exterminio. Así pues, tras la segunda guerra mundial y en las décadas que le siguen, la literatura comparada pasa de ser una promesa y garantía de paz a una tentativa abortada o escandalosamente fracasada, basada en conceptos insostenibles como el de *literatura nacional*, identificada con una correspondencia plena entre nación, territorio y lengua, así como el de *universalidad*, que comprendía únicamente (determinados) modelos europeos, que coincidían casualmente con las grandes naciones imperialistas decimonónicas, ahora ya devastadas y a la vez devastadoras.

En su texto “Otherness” (“Otridad. La literatura comparada y la diferencia”), Gilbert Chaitin (1998) (de la Universidad de Indiana) ofrece un inteligente repaso a la historia de la literatura comparada y sostiene que el lugar de la disciplina se ha ido ubicando enraizado en la dinámica del dentro/fuera que, siguiendo a Diana Fuss (1999), sabemos que es la que gobierna los pares conceptuales jerárquicos. El binomio fundamental, o fundante, reside en la idea de que el lugar de la Literatura Comparada está en el de una literatura supranacional, del otro lado de la barra de las literaturas nacionales. En palabras de Chaitin (1998), quien se refiere al gran regulador del modelo de la escuela francesa:

Para Van Tieghem, pues, el campo literario está constituido por una serie de unidades individuales (autores, obras, literaturas nacionales) que permanecen en un estado empobrecido e incompleto de aislamiento y separación. La diferencia, que erige barreras entre unidades y las mantiene en su aislamiento, debe superarse con la igualdad y la totalización, es decir, con la búsqueda de lo que es común entre varias unidades. [...], Van Tieghem puede proclamar su respeto por lo individual a la vez que exigir su subordinación a la totalidad. (148-149)

Como lo hiciera también Bassnett, Chaitin pone en evidencia la paradoja del primer comparatismo en tanto que, para establecer este ámbito presuntamente compartido y *general*, de suma, había que delimitar celosa y contundentemente lo *particular*, esto es, lo propio. Es decir, que para superar la perspectiva nacional debía ahondar en su diferenciación nítida en pos de lo común o de lo igual. Porque, además, esa dimensión de la literatura supranacional apuntaba a la generalización o universalización, de modo que si entendemos el binomio en su existencia de contrario complementario, el lugar de la literatura comparada (el ámbito supranacional) era donde debía discurrir lo otro (que no era tal otro sino simplemente lo común, de ahí la etiqueta que tanto molestaba a Wellek de *literatura general*) y a la vez, ambos términos —literatura nacional y supranacional— debían suponer la *totalidad* (de ahí la etiqueta heredada de Goethe de *literatura universal*).

Literatura general y literatura universal se ubican históricamente del lado de la literatura comparada y son muestras de esa paradoja radical, etimológicamente radical, del comparatismo. El colapso de este enfoque lo denuncia Wellek y pone de manifiesto las fisuras de la disciplina, que acabará abriéndose a una propuesta más transdisciplinar y cultural. Este cambio de paradigma fue cocinándose a lo largo de la segunda mitad de los sesenta y la década siguiente y alcanzó su formulación académica en los ochenta, sacudió poderosamente los fundamentos que sostenían la sumisión de la disciplina a la unidad (a lo común, lo compartido, lo general de las literaturas europeas, identificado con lo universal). El uno se resquebrajaba y daba lugar a la entrada de la diferencia, irreductible e irrepresentable, *encarnada* en la emergencia de unos cuerpos (y unos corpus).

La literatura comparada pierde el eje vertebrador y entra en una deriva conceptual *agonizante* que se reformulará y recobrará aliento desde la convergencia epistemológica con otra disciplina (la teoría de la literatura) y, sobre todo, desde los aportes críticos de dos ámbitos extraeuropeos: de un lado, desde la encrucijada post y decolonial, llegan nuevas propuestas desde los departamentos de literatura comparada de las excolonias africanas y/o asiáticas y/o americanas, por donde se revisa tanto el canon como las herramientas de análisis que lo sostienen, apuntalando el valor literario dominante como algo indefectiblemente occidental y blanco. El nigeriano Unionmwan Edebiri (1991) advierte:<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En el proceso de revisión de este texto me llega la noticia de la muerte de Unionmwan Edebiri (1942-2023). Fue el primer nigeriano que obtuvo un doctorado en la Université de la Sorbonne. Fundó la Nigerian Association of African and Comparative Literature, y enseñó la lengua y la cultura francesa durante más de cincuenta años en la University

No es superfluo subrayar que la literatura africana consta de tres tradiciones literarias, es decir, la literatura oral africana, la literatura africana escrita en lenguas africanas, y la literatura africana escrita en lenguas extranjeras. [...] El estudio de obras escritas por nigerianos en las diversas lenguas locales y en inglés formaría parte de la literatura comparada a pesar de que los autores pertenezcan a la misma nacionalidad. Es obvio que estos ejemplos no se avienen estrictamente al concepto de literatura comparada entendido como “el estudio de las literaturas nacionales entre ellas” o “el estudio de las literaturas más allá de las fronteras de un país, más allá de las fronteras nacionales”. Por lo tanto, me parece que el término Literatura Comparada se ha de redefinir cuando se aplica al estudio de la lengua africana. (142; traducción propia)

El otro ámbito de reformulación es la llamada *escuela americana*, que no atiende a la idea identitaria de nación ni se circunscribe exclusivamente a la literatura; de hecho, con ella, la disciplina abrirá los horizontes de la literatura *tout court* al ámbito de la cultura. Con la definición que brinda Henry Remak (1998), es difícil responder a qué *no* es literatura comparada:

La literatura comparada es el estudio de la literatura más allá de las fronteras de un país particular y el estudio de las relaciones entre la literatura y otras áreas de conocimiento o de opinión, como las artes (*i.e.*, pintura, escultura, arquitectura, música), la filosofía, la historia, las ciencias sociales, la religión, etc. En resumen, es la comparación de una literatura con otra u otras y la comparación de la literatura con otros ámbitos de la expresión humana. (89)

Desde esta propuesta, la literatura comparada expande tanto sus dominios que, en algunos ámbitos académicos norteamericanos, con el tiempo acabará desintegrándose, reformulada en campos más especializados como son los estudios de/sobre la traducción, los estudios post y decoloniales o los estudios culturales, que comprenden los estudios de los *mass media* y, por supuesto, los estudios sobre lo digital, unos

---

of Ife (actualmente Obafemi Awolowo University), la University of Lagos, y la University of Benin. Todo mi agradecimiento al profesor Edebiri por su labor y por su legado.

territorios donde el análisis literario perderá su dominio, aunque seguirá por supuesto estando presente. En cualquier caso, hoy en día, en literatura comparada, incluso cuando queremos ocuparnos de la literatura, la disciplina no nos permite ocuparnos sólo de la literatura. De hecho, la literatura ya no puede definirse únicamente por sí misma. Ese cambio en la asunción del objeto de estudio aceleró e incluso exigió la transformación radical del paradigma de los estudios literarios.

Basta tener presente el archiconocido artículo de Douwe Fokkema (1998) “La literatura comparada y el nuevo paradigma”, publicado por primera vez en 1982, como apertura del primer número de la *Canadian Review of Comparative Literature* —por tanto, doblemente inaugural— y los nuevos horizontes que dio a la disciplina. Menos conocido (puesto que no ha sido recopilado en antología ni traducido al español) es un magnífico artículo, publicado en el *Yearbook of Comparative and General Literature* de 1986, de Claus Clüver (1986) donde este comparatista alemán sintetizaba así de certeramente el cambio de paradigma:

El [viejo] paradigma asumía que existe un corpus de textos definible como literatura, el cual se puede subdividir de manera natural en pequeños corpus identificables como literaturas nacionales; [asumía] que estos corpus tienen una historia y que trazarla y describirla es la labor principal de la investigación literaria, que se organiza en corrientes, movimientos y épocas; [asumía] que las obras literarias son creaciones de autores y pueden ser explicadas en términos de experiencias vitales de estos autores y las influencias literarias; [asumía] que la labor de la academia es investigar la génesis de las obras literarias, establecer cuando fueron escritas y verificar su autoría; [asumía] que cada obra pertenece a un género, que puede ser definido; que las obras literarias poseen un valor que puede ser medido —hay obras de un orden superior y otras que no poseen valor alguno.

Todas estas asunciones son, claro está, familiares para quienes trabajan actualmente en la tradición académica occidental. Sin embargo, ninguna de ellas se encuentra entre las premisas incuestionables que constituyen el paradigma de los estudios literarios contemporáneos [...]. El mayor desafío que ha tenido lugar en este sentido es considerar todos estos conceptos y categorías como constructos críticos y ya no como designaciones de hechos. (17; traducción propia)

En lo que se refiere a nuestra disciplina, en este panorama o cartografía epistemológica, ya no es el adjetivo *comparada* lo que necesita ser cuestionado en la etiqueta *literatura comparada*: el campo de batalla ha pasado a ser el propio concepto *literatura* y, un tanto súbitamente, la otra (la *literatura comparada*) puede —junto con la teoría de la literatura— abrazar la empresa de dilucidar *qué es literatura*. Fokkema (1998) lo advertía al final de su texto:

Si la literatura comparada no acepta el reto del nuevo paradigma y no contribuye a resolver los problemas que ahora se discuten en la frontera entre el estudio de la literatura, por una parte, y la psicología, la sociología, la historia cultural, la teoría de la comunicación y la estética, por otra, no tendrá muchas posibilidades de sobrevivir como disciplina académica. (112-113)

Comprender este cambio de paradigma implica poder entender, a su vez, por qué dos disciplinas que a principio de siglo xx presentaban enfoques muy diversos, hasta opuestos (el carácter diacrónico e histórico de la Literatura Comparada versus el enfoque sincrónico y abstracto de la Teoría de la Literatura), acaban conformando una disciplina común o, al menos, un caminar conjunto.

En el nuevo paradigma de los estudios literarios el tándem formado por la teoría de la literatura y la literatura comparada ha conformado el espacio disciplinar desde el que ha sido posible aproximarse al corpus literario y analizarlo desde su engarce en la cultura, desde una concepción dinámica de la misma. La autoconsciencia ideológica de los principios y los métodos del análisis literario vuelve, en los ochenta, a ocupar un lugar central en la autorreflexión crítica de la disciplina y, de hecho, en su concepción. Enfoques explícitamente ideológicos, como el marxismo o el feminismo, ofrecen ahora parámetros valiosos. La deconstrucción, la crítica post y decolonial y los estudios culturales se imponen por derecho propio como nuevas y productivas orientaciones comparatistas que comprenden el estudio de los textos literarios en el marco de la cultura —o, mejor, las culturas— y sus jerarquías. El binomio alta/baja cultura se desmonta, minando así las concepciones elitistas y concibiendo la cultura ya no como un acervo o depósito de conocimiento accesible sólo a una minoría sino como un ámbito cambiante, en perpetua transformación, un tejido constitutivo compartido donde la literatura juega distintos papeles y ninguno inocuo. Como se

encargó de mostrar la teoría de los polisistemas, la literatura es un territorio poroso e inestable, fijado por procesos institucionales e históricos, y los trabajos producidos desde perspectivas teóricas sociológicas no han hecho sino ahondar y complejizar esta idea funcional, institucional e ideológica del campo literario.

Si no hay una relación de atributos invariables que sí o sí tengan que presentar como esenciales los textos para identificarse como literarios, qué no sucederá con su valor artístico o, dicho de otro modo, con el canon literario. Lo que era una sola voz discursiva se ve cruzada por una polifonía más bien inarmónica que armónica. El conjunto de voces no suma, como las piezas de un rompecabezas, para darnos una imagen más completa: a menudo nos enfrentan con lo irreconciliable. Junto con el canon literario, la identidad cultural se ha convertido en una cuestión clave del ámbito comparatista tras el cambio de paradigma. El viaje de regreso de la expansión colonial nos devuelve un mundo globalizado, mestizo e híbrido, donde los desplazamientos humanos y la confrontación de culturas están a la orden del día, cuando a pesar de movernos al son de las directrices de una macroeconomía que nos uniforma y unifica, sigue habiendo razones para la micropolítica o la acción política localizada, sigue habiendo —incluso y tal vez justo por eso— propuestas de afirmación nacional(ista) fomentadas en un territorio, una lengua y una literatura, al más puro estilo decimonónico. A veces también alrededor de una religión.

Algunos departamentos o áreas de literatura comparada constituyen el marco institucional para el estudio de los efectos del colonialismo en las literaturas no hegemónicas. Algunos departamentos de universidades de países que conformaban la exUnión de Repúblicas Socialistas Soviéticas desarrollan la literatura propia en diálogo con otras literaturas más reconocidas, bajo el amparo de departamentos llamados de literatura comparada. Y, por supuesto, parte de la estrategia de los departamentos surgidos en las excolonias africanas consistió en apoderarse de una etiqueta académica reconocida (como es la literatura comparada en la tradición inglesa o en la francesa) y llenarla de contenidos propios y apropiados en el contexto cultural (étnico, mestizo, híbrido, oral, post y decolonial, etcétera) en el que opera, aunque, por ejemplo, muchos de los textos incorporados tengan una difusión oral y no se avengan *stricto sensu* etimológico al marbete de literatura.

En breve; pese a que la dimensión nacionalista no ha sido erradicada completamente de las prácticas asociadas a la etiqueta literatura comparada y pese a que el cambio de paradigma le ha devuelto dinamismo y aplicabilidad (hasta tal grado que amenaza en desintegrarse en subdisciplinas, de tanto como puede abarcar), nuestra disciplina parece no poder gozar de buena salud en este nuevo milenio, sino seguir sumida a su estado habitual *crítico*. Así, por ejemplo, en el año 2003, Gayatri Spivak publicaba su ensayo *Death of a Discipline*. Como suele ocurrir en la trayectoria del pensamiento de la disciplina y sus lindes, la propuesta de Spivak (2003) no supone la firma de un acta de defunción sino la propuesta de una reforma o reformulación de la disciplina, así como también la promesa de otorgarle una vida más larga si hacemos posible que cruce sus fronteras y se convierta en un estudio de la *alteridad*, instando a aquellos que gozan de un lugar de dominio a repensar críticamente su lugar de enunciación e interpretación. Esto es crucial y todos somos responsables de ello. Nuestra disciplina ha tenido, desde siempre, una existencia de dudosa continuidad; ha mostrado la necesidad y la habilidad de repensar sus presupuestos y propósitos y redibujar sus fronteras. Acechada por la falta de especificidad, la crisis o la muerte inminente siempre ha terminado sobreviviéndose y sigue, como una zombi, estando tercamente presente, y recordemos a Frantz Fanon (1965) en *Los condenados de la tierra*: “Los zombis son más aterradoras, créamelo, que los colonos” (27). Compete a nosotres mismos continuar la crisis, en tanto que proseguir siendo críticas con la disciplina, revisando no sólo los conceptos, sino las herramientas y los enfoques, esos lugares comunes que repetimos ciegamente.

El cambio de paradigma en los estudios literarios no se limitó a una *nueva* concepción del objeto de estudio, ya que supuso implicaciones substanciales y no menos transformadoras. Toda la representación cultural entró —y sigue— en juego. La idea principal es que ni literatura, ni valor literario, son autoevidentes y provocados por cierta naturaleza formal o estética del texto, sino que pasan a ser *constructos* derivados de la circulación de ese texto, de la forma como es producido y consumido, de su capital simbólico-cultural constituido. El lugar desde donde se lee deja de ser un espacio neutro, objetivo y universal y pasa a ser un lugar situado, a estar marcado por un enfoque sesgado, necesariamente ideológico. La perspectiva dominante, coincidente con las características e intereses de una hegemonía occidental, blanca, masculina, heterosexual, protestante y/o católica, de clase social acomodada, civilizadora,

primermundista, capacitista y demás, ha construido una literatura a su imagen y semejanza, cuyo canon preserva *sus* valores y garantiza *su supremacía*. Las otras voces fueron largamente amordazadas y fue largo el camino para alcanzar poder decir, tener voz en los foros reconocidos que, incluso hoy en día, se muestran reticentes y poco conciliadores con la realidad de lo otro, como ocurre con la universidad. Sin embargo, la alteridad se hizo un sitio, a menudo visibilizándose a través de la emergencia de lo corporal, de un cuerpo que cobraba protagonismo por ser portador de esta diferencia ninguneada, por encarnar la evidencia de una existencia distinta. *De-monstruándose*. Cuerpos y corpus monstruos porque están (o han estado) fuera de los espacios discursivos y los ámbitos de saber, frotándose contra sus lindes, amenazantes.

### **Encarnac-c-iones críticas**

Uno de los primeros obstáculos con los que topa, al menos en la tradición occidental, esta aparición de lo corporal en escena es que el cuerpo no ha gozado de un papel destacado, ni siquiera mínimamente valorado, a la hora de establecer conocimiento. Más bien todo lo contrario: en aras de asegurar esa pretendida universalidad, el discurso del saber —como la mayoría de los discursos religiosos— ha expulsado el cuerpo al territorio de lo contingente, de lo superfluo, de lo innecesario. No hay lugar para él en el mundo de las ideas platónicas, ni tampoco en el cogito cartesiano; desde una posición de suplemento, el cuerpo permanece aparentemente fuera del mapa de la filosofía hasta que Maurice Merleau-Ponty, con la fenomenología, y antes se podría decir que Friedrich Nietzsche, con sus críticas a los despreciadores del cuerpo, no osan considerarlo como un lugar, una interfaz, de conocimiento: ese cuerpo hecho carne, cambiante y efímero, que reclama para sí aquello que ha sido reducto del alma, el espíritu o la razón; ese cuerpo mortal, que nos obliga a enfrentarnos con los procesos de estar, ser y devenir materia. No obstante, ¿qué es la escritura sino un esfuerzo por materializar las palabras (y, por tanto, otorgarles un espacio y, sobre todo, tiempo)?

Tan sólo un cuerpo es capaz de producir sombra: la transparencia de los discursos se ve súbitamente recortada por la silueta opaca de su lugar de enunciación y/o recepción, ya sea el de la voz hegemónica que se corresponde con determinado modelo corporal (que no puede identificarse ya más como universal y translúcido),

ya sea el de las voces resistentes y disidentes a ese decir que las borra, las silencia o las hace mover la boca en acto de ventriloquía. De este modo, la opacidad de todo discurso se (re)ubica en un lugar enunciativo-interpretativo, anclado en determinado cuerpo, esto es: su reducto identificativo y a la vez identitario que, no obstante, no se limita a lo individual, sino que sostiene una articulación genealógica comunitaria, su propia razón de ser (o de poder llegar a ser).

En un inicio, este cuerpo carnal se lee como garantía de *autenticidad* en una doble vertiente que cabe diferenciar a pesar de estar estrechamente vinculada. Por un lado, con su mera presencia, ese cuerpo distinto (no blanco, no masculino, no heterosexual, no occidental, no de clase alta, no estandarizado físicamente, etcétera) parece que se basta y se sobra para erigirse como evidencia de la diferencia, como si de una verdad incontestable y absoluta se tratara. Se reclama la presencia de esos otros y que la diversidad se haga visible en todos los ámbitos académicos, en justa correspondencia con una heterogeneidad social existente: por ejemplo, se reivindica un lugar en el canon (o se proponen cánones alternativos), se exige su presencia en los diseños curriculares de las asignaturas y en el listado de lecturas obligatorias. Por otro lado, se valora el cuerpo por la *experiencia* identitaria vital que atesora, una experiencia personal, pero a la vez con cierto ingrediente *testimonial*, en tanto que puede ser compartida y reconocida por el conjunto de la comunidad *marcada* por la misma categoría identitaria. Ese cuerpo, pues, por esa doble vertiente (la evidencia y la experiencia), se lee como depositario del atributo de identidad. ¿Qué es ser mujer? Vivir en un cuerpo sexuado en femenino ¿Qué es ser gay? Vivir en un cuerpo sexuado en masculino que siente deseo erótico-sexual por otro cuerpo sexuado en masculino. ¿Qué es ser negro? Vivir en un cuerpo con la piel de determinada tonalidad o más oscura. El cómo es y el qué hace ese cuerpo responde por determinada identificación que se corresponde a su vez con determinada identidad.

Ese proceso de dar visibilidad se ha desarrollado mediante una encomiable e imprescindible labor arqueológica de recuperación de textos *perdidos*, que contribuye a trazar la genealogía de la comunidad, una historia muy a menudo repleta de discontinuidades e interrupciones, silencios, censuras y borrados. En tanto que relato a propósito de un yo, los textos *autográficos* —discursos, cartas y otros escritos privados— cobran especial relevancia sobre todo porque los sujetos no hegemónicos raramente pueden convertirse en protagonistas de una autobiografía, en el pleno sentido

del género textual, ya que su vida no se considera ni ejemplar ni merecedora de hacerse pública. Un caso paradigmático es el de Rigoberta Menchú, aceptada como protagonista del testimonio de Elizabeth Burgos (1993), *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, publicado en 1983, pero acusada —Menchú— de falsear la verdad, o incluso tildada de “terrorista marxista”, cuando en 1998 sale a la luz su *autobiografía*, hasta el punto que se solicita que le revoken el Premio Nobel otorgado en la señalada y simbólica fecha de 1992.

Ese *corpus* recuperado sirve, en el marco de los estudios literarios, para poner en marcha procesos revisionistas de la historia, del canon, de los géneros y de los temas, de la hermenéutica interpretativa, para desembocar en la *rescritura* de todo ello, poniendo en tela de juicio los principios y los métodos que usamos habitual y ciegamente en la disciplina. Nuestra metodología no es inocua, favorece determinado objeto de estudio, ilumina ciertos aspectos y oscurece otros del mismo, y se ocupa de asegurar que nuestros valores siguen estando por encima de otros; todo eso como si no hubiera otra manera de hacerlo, normalizándolo, en todos los sentidos del término. La *recuperación* de textos ubica estos cuerpos autorizados (por evidentes y experimentados) en contigüidad con unos *corpus*, carne y texto entrelazados de forma indiferenciable. Simplificando podría afirmarse que en esta encrucijada se ha establecido un doble posible camino que dibuja direcciones y jerarquías distintas entre el cuerpo y la representación. ¿Es el cuerpo la representación del cuerpo? ¿Coinciden cuerpo y representación del cuerpo?

Por un lado, tenemos una vertiente que privilegia que la no coincidencia se debe a que el cuerpo siempre será más que su representación (hay un cuerpo que no puede ser representado, un cuerpo auténtico y ontológico fuera de los lenguajes) o bien a que la representación es falsa y no se corresponde con ese cuerpo “real”. Esta postura conceptual recoge una concepción metafísica de la identidad, entendida como un atributo del cuerpo, algo que se tiene, algo que se es. Por otro lado, está la vertiente que privilegia que el cuerpo es *en* la representación del cuerpo, porque entiende que es en el espacio de su textualización discursiva que se materializa, en un campo de batalla. Dicho de otro modo, representar (incluso representarse) es algo que sucede en un territorio tensional, el mismo marco en el que tienen lugar los procesos de subjetivización (los de devenir sujetos), *incorporados en y encarnados por*

nuestros cuerpos-corporus. Según este planteamiento, no hay una esencia identitaria sino que nuestra identidad es fruto de un proceso, algo que se deviene perpetuamente y que no se clausura, salvo con la muerte. Y ni eso.

## Coda

Si allí donde he aludido al cuerpo y a la identidad se colocan texto y sentido, va a ponerse de manifiesto que he estado tratando con dos fenómenos con procesos paralelos. El cambio de paradigma en los estudios literarios, con la explosión de la constelación intertextual que reactiva, desafía e im/posibilita a la vez el papel de una nueva literatura comparada y discurre de forma similar a la propuesta de una identidad postmetafísica, sin una categoría identitaria fuente, previa u original. A la luz de la última propuesta al final del apartado anterior, la identidad no es algo que resida *en* el cuerpo, de la misma forma que el sentido no está *dentro* del texto: ambos se realizan en relación discursiva con *otros* textos-cuerpos (esto es, con la concurrencia de la *alteridad* o, si se prefiere, *alterándose*), y se constituyen transitoriamente en devenir no clausurado. *Nadie sabe lo que puede un cuerpo*, reza la frase atribuida a Baruch Spinoza, la cual se nos presenta especialmente atinada: no se puede saturar la capacidad significativa de un texto literario, tampoco las posibilidades de un cuerpo pueden cerrarse a un o unos pretendido/s atributo/s —su genitalidad, su color de piel, su origen, etcétera— que no son sino formas de leerlo, códigos sospechosamente armados a partir de un binarismo conceptual, contrario, complementario, jerárquico y que actúa en consonancia con el poder.

Sin embargo, sólo tenemos los códigos. Siempre fuimos posthumanes, porque nuestra humanidad reside en el manejo de un lenguaje articulado, una de nuestras más antiguas tecnologías, que instaló el fantasma de la representación entre nosotros y las cosas. La literatura comparada tiene mucho que ver y más que hacer (y seguir haciendo) en esta encrucijada textual, tanto con los cuerpos encarnados como con los corpus escritos. Nuestros cuerpos no empiezan y acaban en ellos mismos, sus lindes son borrosas, vienen predichos, pesan los estigmas, los estereotipos; nuestros cuerpos nunca acaban de ser lo que parecen, dicen lo que ni sospechamos que dicen, no se quedan en *su* sitio (¿cuál es *su* sitio?), cruzan fronteras o se las cierran en las narices, como a les refugiadas que deambulan en la Vieja Europa; como a les niñas que arriban a la frontera de los

Estados Unidos y son separados de sus familiares adultos, enjaulados y deportados (si no mueren antes); a todos ellos se les ha cambiado *oportunamente* la denominación de *refugiados* por la de *migrantes ilegales*, mucho menos empática y, lo que es peor, una calificación que permite sin culpa dejar de tomar medidas como la que reclama la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*. Fenómenos como éstos tienen lugar tejiéndose en los entresijos de una diversidad de discursos, cuya reiterada efectividad radica, en gran parte, en aquello que se asume como naturalizado y normalizado, y, por tanto, como indefectible. La literatura —y no sólo la literatura, pues ¿dónde empieza y termina el corpus de lo literario en nuestra era digital?— participa *en y desde* ese tejido textual con el que nos representamos (en) el mundo.

Conocemos la naturaleza híbrida de la literatura comparada, la disciplina migrante, subsidiaria, derivada, auxiliar, apenas si disciplina; necesitada de armarse con el potencial reflexivo de otras disciplinas —empezando por las menos otras, la historia primero, la teoría de la literatura, después—, pero también las otras artes, la filosofía, el derecho, la sociología, la política, la economía, la psicología, la neurociencia, etcétera. Es una de esas disciplinas mestizas, que cargan la frontera dentro de sí, capaces de trazar los espacios de reflexión transmediales y aterrizar en el análisis de una fotografía, de un afiche publicitario o de un verso en un poema, la complejidad de un mundo. Si dejan de existir para la literatura estos espacios interdiscursivos y transmediales que abre la comparatística, ¿cómo podremos pretender saber leer lo que los textos nos pueden llegar a decir de nosotros mismos como otros? ¿Cómo podremos tratar de encontrar otras palabras para decir el mundo y con ellas contribuir a transformarlo? ¿Cómo podremos lograr que el pensamiento actúe?

## Referencias bibliográficas

- BASSNETT, Susan. (1993). *Comparative Literature. A Critical Introduction*. Blackwell.
- BURGOS, Elizabeth. (1993 [1983]). *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. Seix Barral.
- CHAITIN, Gilbert. (1998). “Otriedad. La literatura comparada y la diferencia” (Neus Carbonell, Trad.). En María José Vega y Neus Carbonell (Comps. y Trads.), *La literatura comparada: principios y métodos* (pp. 145-165). Gredos.

- CLÜVER, Claus. (1986). “The Difference of Eight Decades: World Literature and the Demise of National Literatures”. *Yearbook of Comparative and General Literature*, 35, 16–24.
- CROCE, Benedetto. (1998) “La literatura comparada” (María José Vega, Trad.). En María José Vega y Neus Carbonell (Comps. y Trads.), *La literatura comparada: principios y métodos* (pp. 32-35). Gredos. (Obra original publicada en 1903).
- EDEBIRI, Unionmwan. (1991). “The African Dimension in Comparative Literature Studies”. En Gerald Gillespie (Ed.), *Comparative Literature / World Literature: vol. 5. Proceedings of the XI<sup>th</sup> Congress of the International Comparative Literature Association (Paris, August 1985)* (pp. 138-143). Peter Lang.
- ÉTIEMBLE, René. (1963) *Comparaison n'est pas raison. La crise de la littérature comparée*. Gallimard.
- FANON, Frantz. (1965). *Los condenados de la tierra* (Julieta Campos, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1961).
- FOKKEMA, Douwe. (1998). “La literatura comparada y el nuevo paradigma” (María José Vega, Trad.). En María José Vega y Neus Carbonell (Comps. y Trads.), *La literatura comparada: principios y métodos* (pp. 100-113). Gredos. (Obra original publicada en 1982).
- FUSS, Diana (1999). “Dentro / Fuera” (Meri Torras, Trad.). En Neus Carbonell y Meri Torras (Eds.), *Feminismos literarios* (pp. 113-124). Arco Libros. (Obra original publicada en 1995).
- GAYLEY, Charles Mills. (1998) “¿Qué es la literatura comparada?” (María José Vega, Trad.). En María José Vega y Neus Carbonell (Comps. y Trads.), *La literatura comparada: principios y métodos* (pp. 36-42). Gredos. (Obra original publicada en 1903).
- SPIVAK, Gayatri Chakravorty. (2003). *Death of a Discipline*. Columbia University Press.
- VAN TIEGHEM, Paul. (1951 [1931]) *La Littérature comparée*. Colin.